

FABULACIONES

Debían de ser las siete, en aquel tiempo aún no se hablaba de las diecinueve ¿Acaso a alguien le importaba? El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre y, para mencionarlas, había que señalarlas con el dedo.

Hoy, desde la lejanía temporal, resulta difícil poner nombre a nuestros fantasmas ancestrales. Imaginamos situaciones tribales en las que un animal igual nos puede dar la vida que quitárnosla. ¡Nos queda tanto que aprender!

Ajenos a tragedias, pensemos en un Buendía, un día cualquiera...

Mientras el sol buscaba su refugio al abrigo del horizonte, el Sr. Birabent cabalgaba pesaroso a lomos de Benjamín, de regreso a casa.

El paso cansino del caballo, cabizbajo y melancólico, acompasaba el pensamiento de Mauricio Birabent que con la misma vaguedad mental sólo era capaz de intuir...

El caso es que durante tiempo habían salido juntos a las labores agrícolas. Mauricio madrugaba mucho, era el hijo del alba. Lo primero que hacía era aparejar a Benjamín; mientras lo dejaba frente al pesebre y le ofrecía el pienso ad libitum, él desayunaba un buen plato a base de almortas.

Luego salían al camino. Mauricio Birabent no dejaba de silbar hasta llegar al campo de labor; una vez allí, levantaban la gleba, sembraban el grano o trillaban las mieses, según la época del año. Eso sí, siempre juntos, siempre cerca. Descansaban en el hato y lo poco que de comer había era compartido por igual. El équido agradecía, sobremanera, este trato y con la profundidad de su mirada intentaba mostrarlo. Pero de aquello hacía ya mucho tiempo.

Ahora era el bruto el que con un relincho, a veces dos, despertaba a su amo, con el hocico lo tiraba del poyo donde dormía y con las patas empujaba las gachas para que tomara alguna cosa. Como buenamente podía lo aupaba a sus lomos y empezaba a caminar. Llegados al campo, Mauricio descabalgaba y se tumbaba en la hierba, abría su talega y se pasaba el día bebiendo vino blanco (pipí de archiduquesa lo llamaba).

La propia casa cada vez estaba más descuidada. El patio central (del que partían cada mañana), otrora limpio y resplandeciente, era un dechado de suciedad; el suelo, de un precioso travertino olivillo abujardado, era irreconocible: el musgo y el verdín se habían apoderado de él. Aperos antiguos, montañas de leña, pilas de adobes erosionados por la lluvia, restos de heces y montones de escondidos cariños olvidados... se repartían por doquier.

El animal, más por puro amor propio que por obligación, se las apañaba solo. Había adquirido una extraordinaria habilidad para las labores del campo. Era capaz de colocarse el arado sin ayuda alguna y con la vista puesta en un punto fijo del horizonte, se situaba en la besana; con paso lento y acompasado, volteaba la tierra. Si por algún motivo se desviaba ligeramente, lo arreglaba en la siguiente vuelta, con un golpe brusco de la grupa, a favor o en contra del enlomado, hasta conseguir de nuevo una perfecta línea recta.

Si tocaba sembrar, Benjamín tomaba un bocado de semillas en la boca y tras humedecerlas con su saliva, comenzaba a caminar por el campo; con un breve resoplido y puntual frecuencia, dejaba escapar, de una en una, las semillas de su boca a través del diastema; un segundo después, justo un segundo, con el casco de su extremidad posterior rotaba la tierra y con suave giro lanzaba una pequeña porción para arropar la simiente recién depositada y facilitar así su germinación. Lo peor no era el trabajo, no era la fatiga, no era la precisión en realizarlo ni la excesiva concentración que requería tal labor... Lo peor era tener que aguantar aquel manjar en la boca sin poder comérselo; pesaba más la responsabilidad que el hambre.

Es cierto que aquella jornada había sido dura, como siempre; pero el desigual reparto de las tareas y la desidia demostrada por su amo hacia el entorno y hacia él mismo tenían a Benjamín desconcertado. ¿Qué sucedía?

En la cabeza del animal sólo resonaba una frase: *“el mundo es ancho y ajeno... el mundo es ancho y ajeno”*, mientras en la cabeza de su amo se amontonaban miles de fútiles ideas.

Tal era la lentitud de la caminata que dio tiempo a que una colonia de hormigas se aupara a las lumbres del équido y limpiara los restos de materia orgánica y suciedad: unas se encargaban de los vegetales, otras del barro adherido y las más afortunadas podían portar entre sus mandíbulas los pocos granos de cereal que encontraban, vestigios de tareas pasadas. Alrededor del casco el trabajo era frenético:

-Ese era mi barro.

-Este es mi grano, ¡Qué no, qué ese es el mío!

-¡Aparta, que voy!

Chocaban unas con otras y perdían la mercancía que volvían a recoger para incorporarla a una de las tres líneas de trabajo que se habían formado. Con metódica perfección se organizaban por colores: marrón (barro), verde (hierba), amarillo (grano); cada fila en torno a cada uno de los productos obtenidos. El nivel de organización era máximo.

Tras el estrés inicial, el producto alcanzaba un punto donde la mecanización era total: iba pasando de hormiga en hormiga, sin solución de continuidad, de forma ordenada, completa y sistemática. Las filas de hormigas se completaban con nuevas hormigas en el mismo sentido de avance del caballo hasta que las hormigas se perdían a lo largo del camino. Si, por algún motivo, el équido aceleraba el paso, no todas las hormigas eran capaces de seguir el ritmo y, agotadas, abandonaban en su intento; sólo las más fuertes, las mejor adaptadas eran capaces de aguantar. No obstante, las que quedaban desplazadas por el aumento de velocidad, volvían a incorporarse, maltrechas, en otro punto de la cadena y asumir cualquier función, aunque la línea a la que se hubieran incorporado fuera de otro color. Las más osadas esperaban a que el équido levantara el casco y se situaban en el surco de la ranilla; debían actuar de forma rápida, agarrarse al grano (en esa zona eran de mayor tamaño) y aguantar escondidas el siguiente contacto de la suela con el suelo, para luego escapar inmediatamente con el fruto.

El riesgo de morir en el intento era grande pero la recompensa de las que podían salir era enorme. La cuestión era el control de la velocidad y del tiempo, la adaptación, el arrojo y la valentía.

La que lograba tal hazaña era vitoreada al unísono por la fila en cuestión y se les permitía romper el orden y actuar por su cuenta. El premio consistía en elegir una veintena de compañeras y formar una nueva colonia como recompensa al valor demostrado. Muchas rechazaban este derecho y, con gran humildad, volvían a la fila.

Benjamín, viejo y enfermizo, padecía desde hace años de erosiones y ulceraciones en las tablas del cuello, causadas por los ramales de pleita mal ajedrezados que, con cierto desdén, había tejido su dueño, y agradecía en especial aquellas postreras horas estivales a las que se recogían Verderones, Pinzones y Cardenales, que, antes de irse a dormir, con sus picotazos, limpiaban sus heridas de larvas miásicas.

Al mismo tiempo los geotrópidos revoloteaban ectópicos por su cabeza, era un ir y venir constante de craneal a caudal hasta encontrar el periné; conseguido su propósito, caían con torpeza al suelo y vuelta a empezar; lo curioso es que la segunda vez que lo hacían parecían haberse olvidado y volvían a recorrer todo el raquis del animal. Cuando pasaban cerca de la oreja, Benjamín, podía oír el grave zumbido de sus alas que poco a poco se desvanecía hacia sus cuartos traseros. Al animal le encantaba cuando varios escarabajos se cruzaban en la estela de su oído, a distinta velocidad y a varias alturas. ¡Qué sonido tan distinto al que producían los malditos gasterófilos!, que lo espantaban y le recordaba el dolor de sus gusaneras.

Transcurrido un tiempo (no mucho), Benjamín miró de soslayo y pudo ver como los escarabajos, con cierta torpeza, arrastraban una pequeña cantidad del excremento adherido en su piel hacia el suelo, (aunque más bien era al contrario) realizaban un vuelo corto, se inclinaban sobre la masa fecal, rodaban sobre ella y, finalmente, la escondían bajo tierra.

El espectáculo circense entretenía al bruto. Luego volaban de nuevo al periné y repetían esta acción muchas veces; de modo que cuantas más veces lo hacían mayor alivio sentía el animal (tal era el nivel de higiene).

Benjamín, como mecanismo de defensa por el abandono que sufría, intentaba disfrutar de aquellos momentos, no sólo por los servicios higiénicos que recibía, sino también porque era capaz de apreciar el trabajo y la constancia de las hormigas, la función terapéutica de las aves y la aportación medioambiental de los escarabajos, que hasta ponían música en su labor.

El sol avanzaba inexorable a su escondite. El animal se detuvo un instante (las hormigas aprovecharon la ocasión. Los pájaros y los escarabajos ya estaban descansando).

Casi al mismo tiempo Mauricio Birabent y Benjamín levantaron la mirada para comprobar con frenesí la magia del momento:

-Está oscureciendo, pensó Mauricio.

-Con el último grado de giro de la Tierra podré apreciar, sólo un segundo, miles de tonalidades en el cielo, pon toda tu atención, dijo para sus adentros Benjamín.

Benjamín volvió a sus pensamientos: ... *el mundo es ancho y ajeno, el mundo es ancho y ajeno...* Y en estas ideas estaba cuando, de modo reflejo, o quizá producto de su tristeza, agachó el cuello de forma brusca. Mauricio tuvo que asirse fuertemente al ramal para evitar caer de bruces contra el suelo. Enfadado gritó al animal:

-¿Se puede saber que haces?

Aquella queja puso a Benjamín en el disparadero. Sereno, como siempre, pero animado como pocas veces, le dijo a su amo:

-¿Qué le ocurre, Sr. Birabent, está usted bien?

Mauricio pegó un respingo, abrió los ojos de golpe (el pipí de archiduquesa casi se los había cerrado del todo) y se dio un momento de respiro. Mientras recuperaba la nitidez de su visión, pensó:

-No puede ser, no lo entiendo, debo de estar soñando.

Y el équido al intuirlo, contestó sentencioso:

-Los hombres sois así: todos sueñan lo que son, aunque ninguno lo entiende.

Mauricio, más sorprendido todavía, dijo, esta vez de viva voz:

-Si de verdad estás hablando tú, mueve la oreja derecha.

A lo que el bruto accedió gustoso.

¡Qué no! ¡Es imposible! Si es cierto que hablas mueve, ahora, la oreja izquierda.

Menos gustoso accedió de nuevo.

Benjamín, harto de comprobaciones, se arrancó en sus reivindicaciones:

-Mira Mauricio, así no podemos seguir. Me gustabas más antes. Antes, al menos, silbabas esas bonitas canciones, que nos acompañaban hasta casa. Recuerdo que mientras con una mano me acariciabas bajo la mandíbula con la otra me ofrecías algunos granos de comer; yo comía con cuidado para no morderte y tú parecías entenderlo. Sólo pido eso: un poco de aprecio y de cariño, ¿es tanto pedir? Antes, a las veces, íbamos al río, el río, siempre el río. Recuerdo que mientras te bañabas yo permanecía tumbado, rara vez lo hago, olisqueando las flores; me encantaban las del fondo, las de color amarillo; sí, lo reconozco, siento una especie de atracción numérica por el color amarillo: las flores amarillas, las chicas de amarillo. Pero cambiaste, y cambiaste muy deprisa, tan deprisa como pasan las cosas en la vida.

El hombre estaba alucinado. Mientras el animal platicaba, Mauricio se inclinó un momento y se quedó asombrado: ¡el belfo del animal no se movía! Pero él escuchaba perfectamente todas sus ¿palabras? El caballo hablaba, y ¡cómo hablaba!

-Ahora, todas aquellas cosas que antes eran importantes para mí parecen desvanecerse en el aire. Yo actúo como si no recordara nada del pasado, y tú como si no te importaran. Todos esos recuerdos vuelven a mí persiguiéndome como una maldición. Es un sueño, una mentira si no se hace realidad. O es algo peor lo que me envía hacia el río. Hemos nacido para correr. ¿Por qué nos hemos detenido Mauricio?

-¿Qué te pasa Mauricio, habla con franqueza?

Conminado por la situación, el hombre no tuvo más remedio que contestar:

-Vale Benjamín, reconozco que... últimamente, desde hace un tiempo..., comenzó a decir Mauricio. Y, al instante pensó: Joder, que es un caballo, ¡seré inocente!

El équido intervino presto:

-No hay nada más malicioso que la inocencia, o bien, más inocente que la malicia.

(Resulta que el caballo no sólo podía hablar, también era capaz de adivinar los pensamientos y era casi un filósofo. ¡Qué bárbaro!).

Birabent ya no tenía salida y, fuera sueño o realidad, sucumbió a la situación:

-Benjamín me abrumas con tus respuestas.

-No Mauricio, no es bruma, es Niebla lo que se cierne en torno a ti. Por favor: no mates al personaje.

El hombre no sabía si de verdad estaba en una conversación, o era un monólogo interior; sea como fuere, Mauricio prosiguió del siguiente modo:

-Me reconozco incapaz de dar una respuesta, ni de aportar algo nuevo. He caído en la apatía, la vulgaridad y la alienación. Ahora, que he perdido la filantropía, es como si todo el peso de la humanidad recayera sobre mí. Estoy bastante preocupado por el futuro.

-¿Qué futuro? No hay futuro. Vive el presente. Vive por ser el mejor: afianza tu valor. (Replicó el caballo).

El señor Birabent se enojó bastante:

-Pues qué futuro va a ser: ¡el futuro de la humanidad! ¿Es qué, acaso, no te parece importante? En el futuro habrá grandes cambios en la Tierra: emergerán los desiertos y las glaciaciones, los hombres se dividirán en razas y se enfrentarán por el dominio de la tierra, en cruentas guerras. Surgirá el odio, la envidia, la soberbia, la ira, la pereza, la avaricia, la lujuria, la gula. Aparecerán formas de gobierno tiránicas, crueles y despóticas que pretenderán dominar y humillar a los iguales.

Tú no puedes entenderlo, sólo eres un animal, ¿cuál son tus preocupaciones?, ¿comer, dormir y “lo otro”? Sólo sois un problema más, sólo sois un parásito más.

Benjamín se cabreó aún más:

-Dominar y humillar. ¡Qué curioso Mauricio! ¡Fíjate dónde hemos llegado!

Dejamos que dominarais nuestra fuerza y nuestra energía, sin pedir nada a cambio.

Nos esclavizasteis con engaños. Prometisteis alimentarnos, pero nos cambiasteis la dieta y el cólico, el maldito cólico, es el ejemplo y la amenaza que manifiesta la más humillante de las dominaciones.

Ya sé que el mundo es muy ancho, pero es ajeno Mauricio, ajeno...

Vosotros nos metisteis en esto, la domesticación, el cambio de las costumbres...

¡Y pretendes que nos sintamos culpables!

La culpa de estas supercherías son vuestras y encima nos llamas parásitos...

En estos últimos meses, ¿quién se ha encargado de labrar las tierras?, ¿quién te ha despertado cada mañana?, ¿quién te ha dado el alimento? Ahora dime: ¿quién es el parásito y quién el hospedador? Algún día, algún día te darás cuenta.

La culpa de los cambios climáticos no es de Pirois, Eóo, Etón ni Flegón, la culpa es la negligencia de Faetonte. Strategos y Marengo poco tuvieron que ver con las guerras; pregunta a tus iguales. El único delito de Incitatus fue dejarse llevar por la locura de su dueño.

Caballo y caballero, caballo-caballero; juntos, fundidos en uno; esa es nuestra ilusión. Pero vosotros no queréis admitirlo. Ya lo dirá el vate: "No se concibe a Alejandro Magno sin Bucéfalo; al Cid, sin Babieca; ni puede haber Santiago en pie, Quijote sin Rocinante, ni poeta sin Pegaso".

Poco o nada puedes hacer por el futuro. Vivamos el presente. Deja que el hombre cometa sus propios errores. La virtud no está en la grandeza de las cosas; empieza por lo pequeño.

No se trata de ser bueno una vez, hay que intentar ser un poco menos malo cada día.

Si dejas que fluya el cariño, la honradez y la amistad, renacerá la bondad.

¿Acaso te crees superior? ¿Es que tú no eres otro animal? ¿Crees que no puedo ayudarte? ¿Por qué nos consideras inferiores? ¿Sólo por qué no podemos hablar? Yo sí puedo, ¿ves cómo no somos tan distintos?

El hombre se quedó absorto ante la diatriba equina.

-Benjamín, me estás asustando, antes no eras así, me gustabas más antes.

La historia, voluble como siempre, parecía querer repetirse, pero esta vez a la inversa. El équido sentenció:

-No olvides que a veces una cara bonita oculta un comportamiento perverso. Dime: ¿tienes alguna duda? (hubo un silencio) ¿y alguna certeza? (otro silencio) No olvides que lo difícil de hoy es lo fácil de mañana.

-Vosotros rompisteis las alas de Pegaso, sin inclinaros forjasteis al Hipogrifo. Creamos al Centauro en un intento de acercamiento, pero os burlasteis. ¡Seres superiores! ¡Egoístas es lo que sois!

-Sólo os interesa el 'yo', lo individual y olvidáis que "por encima de la abeja está el enjambre. Poco importa la persona. Habéis perdido la convicción de vuestra caducidad. Ni siquiera tenéis el consuelo de caer en el surco recién abierto, no como piedra inerte, sino cual semilla viva".

El lirismo, en boca del animal, había alcanzado las cotas más insospechadas.

El ocaso estaba cerca. Caprichosos giros lumínicos tornasolados inundaban el horizonte. Como si de un espectáculo pirotécnico se tratara, miles de matices violetas se mezclaban con el rojo; y el amarillo-anaranjado no quería irse: rebotaba contra los cúmulos y los nimbos, que a modo de espejo reflejaban de nuevo el color sobre la tierra, cuya aportación ofrecía un maravilloso y tenue ocre.

El verde de la pradera y el azul del río también participaban. Era una lucha entre el blanco y el negro, era la noche y el día, era el ser o no ser, era el principio o el fin.

Un rayo lumínico fugaz cegó a Mauricio. Un color nuevo, ilegible para el mundo definía lo creado, la tenaz luminosidad obligaba a cerrar los ojos e invitaba a abrirlos dentro de ella. Mauricio cerró los ojos, no podía soportarlo, pero Benjamín se inundó de felicidad, de paz y sus ojos se abrieron más que nunca. Sentía un halo de libertad a su alrededor.

El señor Birabent, con los párpados cerrados llenó el espacio corneal de numerosas chiribitas, en presagio del desastre que estaba por venir. Fue abrir los ojos y empaparse en lágrimas jaquello era imposible!

Como si de un castigo divino se tratara, Mauricio Birabent estaba completamente desnudo, en posición cuadrúpeda y llevaba subido a sus espaldas a Benjamín.

Intentó gritar, pero no podía hablar.

Intentó parar, pero no podía detenerse.

Observó sus manos y comprobó cómo una membrana interdigital había crecido uniendo todos los dedos, de forma que sólo tenía un gran dedo, con una gran uña.

El animal, irónico y jactancioso ante la situación dijo:

-Te das cuenta cómo no somos tan diferentes. A veces sólo hay que ponerse en la situación del otro para valorar sus sentimientos. Pero si todavía no lo crees, mueve la oreja izquierda.

Mauricio aceptó el reto, e intentó con todas sus fuerzas este acto, pero fue imposible.

-Ahora mueve la oreja derecha.

El hombre ni se molestó. Se sentía incapaz, inferior, derrotado, vejado, humillado.

De repente pudo sentir como una colonia de hormigas, tras rebuscar entre sus uñas y no encontrar nada, subía por sus manos, por sus brazos y por su cuello y se metían en su boca en busca de restos de comida que quedaba entre sus dientes, ¡qué asco!

Sentía como los pájaros revoloteaban por su cuello y su tórax y picoteaban sus pequeñas heridas en busca de gusanos que no encontraban; el dolor era insoportable. Pero lo que más le molestaba eran los escarabajos que, una y otra, vez se metían entre sus nalgas en busca de restos de heces, ¡y cada vez lo hacían más adentro!

A pesar del dolor que sentía en su cuello, pudo girarse para mirar la cara de Benjamín: una risa sardónica, maliciosa y vengativa inundaba la boca del animal. *¡Maldito bicho!* (pensó).

¿Qué podía hacer? Pues nada, sólo obedecer a la presión que ejercían las patas de Benjamín y seguir adelante, no podía dejar de caminar.

Intentó abstraerse de la situación y mantener una postura agonística. Quiso burlar el dolor con los recuerdos, pero sólo era capaz de pensar en Benjamín.

Recordaba a Benjamín de potrillo: dócil, alegre, noble y elegante. La verdad es que aquel animal había dado todo por él: le ayudó a construir su casa, colaboraba en las tareas domésticas, participaba en el cuidado de los campos, era su medio de transporte... vamos lo normal de un animal! Y en cambio él, ¿qué le había dado él?

Pensó: los animales dan todo lo que tienen: su leche, su carne, su trabajo, su compañía, hasta su propia piel, ¿y qué piden a cambio? Sólo un poco de cariño y mucha compañía.

Derregado como estaba, más por el peso de sus propios pensamientos que por la carga del animal, ya no podía más; empezó a ir de un lado a otro, dando tumbos, hasta que, finalmente, cayó al suelo, de costado, con tan mala fortuna que su cabeza se estrelló contra una piedra del camino y perdió el conocimiento.

Cuando despertó la oscuridad lo inundaba todo. Herido y magullado intentó discernir si el dolor de su cabeza era superior al de su reciente historia. No supo qué decir.

Con una mano tocó su sien y un líquido viscoso impregnó sus dedos. Pensó que se trataba de sangre, poco le importaba.

Intentó levantarse y acomodar el cristalino para poder ver algo: no veía nada, poco le importaba.

Quiso palpar en el vacío, no tocó nada, poco le importaba.

Aspiró una bocanada del aire fresco de aquellas horas amables del anochecer estival y su cabeza se llenó de recuerdos. No podía dejar de pensar en Benjamín. El hecho de que a Benjamín le hubiera ocurrido algo malo le hacía sentir culpable, muy culpable.

Aguzó el oído y, a lo lejos, pudo percibir un sonido cansino, melancólico y acompasado que se acercaba hacia él; rápidamente reconoció los cascos de Benjamín, que se aproximaba. No hizo nada, permaneció inmóvil y mientras su corazón henchido cesaba en su palpito, una lágrima furtiva recorrió su mejilla, tomó otra bocanada de aquel puro y fresco aire veraniego, para aliviarse.

Benjamín llegó hasta su dueño y lo miró (Mauricio no podía ver al animal, poco le importaba. Sentirlo cerca, estar juntos, eso era lo importante). El animal lamió y limpió sus heridas con la delicadeza de antaño y lo ayudó a subirse, a subirse de nuevo a sus lomos, como cada día, como siempre.

Recorrieron el camino a oscuras, el équido lo había aprendido de memoria. A lo lejos divisaron una luz que se acercaba hacia ellos o quizá fuera al revés.

La intensidad de la luz cada vez era mayor. Al llegar a ella, observaron un hombre tirado en el camino que sujetaba una antorcha en su mano izquierda. El hombre estaba medio moribundo pero no parecía requerir ayuda alguna.

Benjamín, al verlo, se asustó y quiso ponerse de manos, pero se quedó en el intento, la edad no se lo permitía. Sólo pudo levantar la mano izquierda y flexionar la rodilla a la vez que giraba el cuello hacia el mismo lado en intento de huida.

Mauricio, por el flanco derecho, sin desmontar, se agachó y miró a aquel hombre; su mirada era intensa, profunda, limpia, llena de conocimiento y sabiduría. El hombre, en pura agonía, permanecía aferrado a una piedra con su brazo derecho mientras con la otra mano ofrecía la antorcha a Mauricio.

Mauricio Birabent recogió la antorcha como si de un regalo se tratara y observó por última vez a aquel hombre. Entendió que nada podía hacer por él. Enderezó al caballo y siguió su camino hasta casa, con la antorcha asida por su mano derecha.

Debían ser las diez cuando llegaron al patio. Mauricio Birabent desmontó como pudo, maltrecho como venía.

La oscuridad del recinto sólo era interrumpida por la luz de la antorcha. Caballo y caballero permanecieron parados un instante en medio del patio, separados por algunos metros.

Mauricio se quedó perplejo mirando la llama de aquella antorcha: en el cono interior se agrupaban miles, millones de imágenes, que con una secuencia intemporal transcurrían ante sus ojos: iconos del presente, del pasado y del futuro se entremezclaban. Veía pasar las imágenes y cuantas más imágenes pasaban más se afianzaba su espíritu. En la parte exterior de la llama, en el cono externo, millones y millones de palabras se reunían de forma caótica: unas formaban frases, otras no, eran completamente incoherentes; pero cada palabra, por sí sola, con su simple significado, ejercía una gran influencia en el pensamiento de Mauricio.

Aprendió que podía, con su mente, controlar la velocidad de la visión, tanto de imágenes como de palabras. Sólo tenía que concentrarse y poner sus sentimientos al servicio de la llama; entonces las imágenes giraban más despacio y quedaban grabadas en su retina; lo mismo ocurría con las palabras.

Aprendió también que podía relacionar las imágenes y las palabras. Esto costaba un poco más, pero la satisfacción que este hecho producía en su ánimo merecía la pena.

La región interconal, entre las palabras y las imágenes, estaba ocupada por un único personaje: ¡Benjamín! Podía verlo cuando era potrillo, tumbado en el río, enganchado al arado... Distintas representaciones animadas y tridimensionales del caballo rotaban, de forma antojadiza, entre las palabras y las imágenes, ajenas a ambas.

De repente se dio cuenta de lo que ocurría: tenía en sus manos el CONOCIMIENTO y a unos metros, sólo a unos metros, la AMISTAD; y no estaba dispuesto a perder ninguna de ellas.

Se volvió, brusco, hacia el animal, que se retiraba a su cuadra, lo llamó, gritó, imploró la atención del bruto... pero no le hizo el menor caso; entonces comenzó a silbar.

El équido al oírlo irguió sus orejas y giró la cabeza hacia el hombre. Mauricio, sin dejar de silbar, tendió la antorcha hacia delante para poder contemplar su cara: los ojos de Benjamín estaban llenos de lágrimas. Los de Mauricio, al verlo, se llenaron después.

Benjamín no dijo nada y se marchó a dormir, Mauricio se marchó a dormir.

A la mañana siguiente Mauricio acudió, muy temprano, a despertar a su caballo: una mirada de complicidad doró la estancia y un puñado de avena hizo el resto.

Vale.

Un pobrecito hablador.